

VISLUMBRES O LA FE POÉTICA DE ANA BENDA

Enzo Cárcano*

DATOS DE LA OBRA

Benda, A. (2018). *Vislumbres*. Benavídez: Ana Patricia Leiva. ISBN 978-987-778-360-5

*Qué poca cosa la vida
para tan desbocado anhelo.*

ANA BENDA, «Poemas de adviento», «v», vv. 1-2

En su ya célebre ensayo «Alrededor de la creación poética», Olga Orozco afirma que «la poesía se alza a través de los siglos como un acto de fe» y como «una tentativa por aunar las fuerzas que se oponen en este universo regido por la distancia y por el tiempo, un intento supremo de verdad y rescate en la perduración» (2012, p. 467). Las palabras de la poeta pampeana parecen cobrar pleno sentido en *Vislumbres*, el último libro de Ana Benda, testimonio de esa verdad poética que hay detrás de una vida que ha sabido del amor y del dolor, de la cercanía y de la pérdida, y que anhela desbocadamente esa presencia real que es el fundamento de todo. Por eso, como su título sugiere, este poemario no es la posesión de eso Otro —tarea imposible—, sino su intuición, la asunción de su búsqueda, aun cuando arrecia el sufrimiento o acontece la nostalgia.

Ana Benda nació en Buenos Aires, en 1946. Es, además de poeta, doctora en Letras por la Universidad del Salvador y docente. Como tal, se desempeña actualmente en dicha institución, donde fue coordinadora del Doctorado en Letras (2010-2014), al que sigue vinculada como directora y evaluadora de tesis, y donde es profesora titular de Introducción a la Literatura. Integró asimismo el Registro Nacional de Evaluadores de Formación Docente en la especialidad Lengua y se desempeñó como asesora de traducciones al español para la Editorial San Juan y de programas de lectura

* Doctor, profesor y licenciado en Letras por la Universidad del Salvador (USAL, Buenos Aires), y máster en Lengua Española y Literaturas Hispánicas por la Universitat de Barcelona (España). Correo electrónico: enzo.carcano@yahoo.com.ar

Gramma, xxx, 63 (2019), pp. 116-120.

Fecha de recepción: 21-03-2019. Fecha de aceptación: 15-06-2019.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigación de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161

para la Fundación Acindar. Como ensayista y crítica literaria, Benda se ha abocado a la obra de Federico Peltzer —tema de su tesis doctoral—, a la literatura española del Siglo de Oro, a la importancia del libro y de la lectura, y en un trabajo de indagación sobre sus propios orígenes checos, a las producciones de Václav Havel y de Jaroslav Seifert. En esta línea, ha publicado, además del personalísimo *La Heredad* (1999) —íntimo testimonio vital, a medio camino entre el ensayo, la confesión y la lírica—, *Un destino de Dios. La narrativa de Federico Peltzer* (2000), *Libro e Identidad* (2000), *Lectura, corazón del aprendizaje* (2006) y *El cuento, terapia contra la violencia* (2007), por mencionar algunos. En su faz de narradora, Benda dedicó un título a cada uno de sus nietos —*Valentina* (2010), *Benjamín* (2015) y *Mateo* (2016)— para guardarles una memoria de sus primeros años.

Dividido en cinco partes —o cinco libros—, *Vislumbres* reúne más de cincuenta poemas compuestos, según declara la propia autora en la contratapa, durante largos años. No sorprende entonces que, como en *Razón llamada* —el poemario previo de Benda, de 1998—, aparezcan también aquí elementos vertebrales de su quehacer poético, jalones de la palabra: el silencio, el mar, el amor, el cuerpo, el tiempo. Pero en esta nueva antología, se agrega una presencia que tiñe buena parte de las piezas: la muerte. Precisamente, el primer apartado, «Réquiem», dedicado a la memoria de Pablo Benda, vuelve sobre ella: sobre lo indecible del dolor, sobre el abismo infranqueable de la pérdida, sobre la ausencia que instala el olvido. Pero destaca, aquí y a lo largo de todo el libro, el tono que adopta el *yo* lírico, que no se abandona jamás a la amargura —ni siquiera cuando se postra y suplica— y que, movida por la intrepidez que declara haber heredado de sus antepasados y por la fe de un fundamento que intuye, se anima a desafiar a la muerte misma:

HYBRIS

Te amenaza: —Ten cuidado.
 No es un hombre lo que arrasas,
 ni es tan solo mi padre.
 Canta un mito por su sangre,
 con su ejército, sus dioses,
 fundaciones y batallas.
 Y del lado enemigo (el tuyo),
 los saqueos y matanzas.
 —Sé precavida.
 Defenderé el texto de su hazaña
 y su piel contra los huesos,
 sagrada.
 Velaré su desvarío

y este viaje involuntario
 por tus mares,
 ya sin puerto,
 ya sin ancla.
 Si lo quieres, sé magnánima.
 Cúbrelle los hombros con el manto de los reyes
 y júrale que vas armada.
 Acércate misericorde o vuelve a tu barca.
 Nada puedo contra ti,
 solo tengo esta osadía de su estirpe.
 Y con ella te amenazo (2018, p. 20).

Versos, estos últimos, que recuerdan lejanamente a aquellos de «Variaciones sobre el tiempo», poema final de *Mutaciones de la realidad*: si allí el *yo* orozquiano se rebelaba contra el tiempo y lo imprecaba, aquí el hablante lírico que forja Benda se alza beligerante frente a otra forma de lo imposible, a la que le exige reverencia y misericordia para con su padre.

A lo largo de las doce piezas de «El único», el segundo conjunto, el mar se erige, a la vez, como oración y reposo, como silencio y fe, como furia y libertad, pero, ante todo, como presencia íntima que remeda la relación personal con el misterio:

INTIMIDAD

Me gusta adentrarme
 donde hay poca gente.
 Mejor a solas.
 El juego de dejarme poseer
 lentamente,
 el frío y el goce
 de penetrar su canto
 y temerle,
 llenarme la boca de salado,
 cerrar los ojos
 y horadar la osquedad de la ola...
 piden una intimidad solitaria.
 Y al dejarlo, la piel, con su olor...
 Después, de noche,
 su música vuelve a hacerme suya,
 cuando mis ojos ya no pueden albergarlo (2018, p. 33).

Con patente erotismo, el *yo* se deja poseer y acaparar —en cuerpo y en espíritu— por el mar como si se tratara de una experiencia extática, un salirse de sí para ser en otro. La plenitud aquí expresada parece anunciar el tono de los poemas que conforman «La piel del alma», que celebran el amor y su poder salvífico, no solo

para el *yo* que ama, sino también para las *mujeres de su estirpe* —las *lobas*— que, sin haber gozado en vida, *florece* y *resucitan* por ese amor vicario. Y así como el *yo* es más *yo* en el contacto con el cuerpo amado, este también es más *él* en las manos, la voz y los ojos de su amada. Pero, en última instancia, lo que buscan está más allá:

OTRA SED

¿Por qué el balde
 en que baja la sed al pozo
 gira, de repente,
 y el chirrido de la cadena
 dice
 que es otra sed,
 que tu cuerpo,
 abroquelado junto al mío
 mirando bajar la gracia
 solo sabe
 que bebe
 en busca de otra agua?
 Mil horas de tus manos
 no me sacian.
 ¿Desde dónde vengo
 por tí,
 para saberte
 y susurrar tu nombre
 y descubrir que vamos,
 transeúntes,
 pozo abajo en el abismo
 hacia el agua? (2018, p. 49).

«Horror de oro», el penúltimo apartado, trata del tiempo: inaprensible, irremediable, indiferente, todo lo consume, pero vivir es sufrirlo, dice el *yo*, que ha elegido vivir y que intenta retener, en el poema, un instante de ese *tú* que se va lentamente. Es el ángel quien finalmente da la señal de la partida definitiva:

VI

Tropecé, olvidé los lentes,
 perdí mi libro
 y me doblé un tobillo.
 En el dolor recordé la noche de insomnio.
 En el recuerdo supe:
 era el ángel.
 Usa ese lenguaje
 para hablarme en secreto
 y avisarme.
 (Lo he aprendido, al fin,
 tras años de tropezones, olvidos,

pérdidas y dolores ciegos y mudos.
 Tras años de susurros al aire
 y mensajes perdidos).
 Me apuré para verte y supe más:
 ya te has ido (2018, p. 59).

Vislumbres se cierra con «Poemas de adviento», conjunto que, como se advierte desde su nombre, anticipa una renovación, un tiempo Otro. Aquí la muerte aparece como esperanza del reencuentro, como transformación esencial, como entrega, como arribo; como posibilidad misma del recuerdo, que es ese abrazo final al Taita. Y es que todo el libro está transido de una fe poética que los postergados versos aquí dispuestos vienen a decir —o a ser—. Y quizá ellos sean también una forma de salvación:

IV
 Siempre cancelé un poema.
 Había un niño en desvelo,
 o una cifra recóndita
 un oxímoron indescifrable en Quevedo,
 un amigo en desconsuelo.
 Alguna noche me golpean las puertas,
 en sueños.
 Desaliñados frente a sus pórticos de papel,
 fantasmas de versos sueltos,
 olvidados ya de sus nombres,
 maltrechos.
 Yo, prometo.
 Tal vez, a mí me salven los versos que postergo (2018, p. 67).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Orozco, O. (2012). *Poesía completa*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.